

## ***Dos botellas de buen vino***

–No voy a ir a cenar a casa de tu hermana –dijo Miguel haciendo una pausa después de cada palabra para dar rotundidad a su afirmación, mirando a su mujer. Pero ella, impasible, con una mano apoyada en el frigorífico y la otra en la cadera, le clavó una mirada inquisitiva que él conocía bien, y entendió rápidamente que su negativa necesitaba más argumentos.

–Ya sabes que no es por ella, que yo contra tu hermana no tengo nada... pero él es un gilipollas que no hace más que restregarnos por la cara lo bien que les va. ¡Qué si en el consejo de administración hemos dicho!, ¡que si la empresa vamos a implantarnos en no sé dónde! Como si él fuese la empresa... y no es más que un chupatintas, como todos...

–Y el año pasado no fue capaz ni de vestirse. Me pongo mi traje, mi corbata, que me apretaba un montón, para ir decente y el imbécil está con el pijama puesto y sin afeitarse, que parece que nos estaba echando nada más llegar. Descalzo, que estaba poniendo todo el tiempo los pies encima de la mesa, no sé si te acuerdas, con el pijama y sin afeitarse. Yo pensé, anda, ya se cambiará, pero que narices... cenó con el pijama.

Ella le seguía mirando fijamente, esperando con tranquilidad a que Miguel terminase su perorata y, sin inmutarse, dijo:

–Acabo de poner tu traje encima de la cama, cuando quieras te puedes ir vistiendo.

–Pero bueno, ¿tú no me escuchas o qué? ¿No te estoy diciendo lo del pijama? ¡Qué tu madre se quedó con una cara que no veas!

–A mi madre no la metas en esto.

–¡Vale! A tu madre no la meto, y lo del pijama tiene un pase. Pero lo que no le aguanto es que le eche gaseosa al vino. ¡Joder! Un Marqués de Murrieta, 23 euros la botella, y llevamos tres botellas. Y el muy cretino no se conformó con echarse casera él, sino que echó casera a todo el mundo. Cuando me di cuenta había echado en todos los vasos, que mucho, mucho... pero no tienen ni copas de vino copas decentes.

–A cada uno le gusta el vino como le gusta –dijo ella, y empieza a vestirse que vamos a llegar tarde.

–Te he dicho que no voy. Que no ceno con un tío que le echa casera a un Marqués de Murrieta. Además, ni siquiera es mi cuñado, que si acaso es el tuyo.

–Es el marido de mi hermana y punto.

–Es un majadero y tu hermana es como él ¡qué coño! Son los dos iguales. Ya sabes... “dos que duermen en el mismo colchón...”

–Miguel, que te estás pasando... ¡ponte el traje!

Van a ser las once de la noche. Miguel se afloja el nudo de la corbata y se levanta un momento para ir a buscar a la cocina las dos botellas de Viña Albina, Gran Reserva, que han traído para la cena. Está sentado al lado de su suegra y enfrente de su cuñado, que no ha parado de imitar a Chiquito de la Calzada en toda la noche. Por un momento piensa en tirar el vino por el fregadero, pero no se atreve. Regresa al salón y deja las dos botellas encima de la mesa.

–Mira Miguel, que copas –dijo su cuñado cogiendo una de las botellas y empezando a servir dos dedos de vino en cada copa–. Cristal de Bohemia, nos han costado una pasta. Seguro que en toda tu vida no has bebido ni un sorbo de vino en una copa como éstas.

“Lo que hacía falta” –pensó Miguel– “que ahora, después de todo, me venga en plan sibarita”. Entonces, repentinamente, se le dibujó en la cara la misma sonrisa que se le dibujaba de niño para anunciar una travesura. Se inclinó hacia delante, cogió la botella de gaseosa, rellenó las copas hasta el borde y contestó:

–No te molestes más, cuñado, está noche la gaseosa la sirvo yo.